

LA GUERRA DEL PACIFICO

Polémica seguida entre el señor don RAFAEL NIETO y el Licenciado don ANDRÉS MOLINA ENRIQUEZ, el año de 1925 desde las columnas de "El Universal".

PROLOGO

A pesar de que el color de la salud y la barba florida, dan a mi cara de perfiles mitad árabes y mitad judíos, cierta apariencia de tipo español, en el fondo de mi ser, por enlaces de mis antepasados aragoneses y andaluces con unidades indias (mi abuela materna era india de pura sangre), me siento indio de raza, indio de corazón, e indio de cultura; soy uno de tantos indios otomíes como hay muchos en el lugar en que ví la primera luz (Jilotepec, Estado de México).

El indio que hay en mí, ha sido educado en la cultura occidental o europea, con todos los prejuicios brutales de esa cultura que ha hecho de la deprecación un sistema, y de la violencia una religión; pero la orientación de mis íntimos sentimientos como la de todos los indios, está dirigida en sentido opuesto, por los atavismos infinitesimales pero latentes de las equilibradas, tranquilas y refinadas delicadezas de la cultura oriental.

Desde mi primera juventud (tengo ya sesenta y siete años), impresionado por la lectura de los viajes del capitán Dumont D'urville y por los entusiastas relatos de don Francisco Uribarrena, un viejo español que hizo fortuna en Tepic, viajó mucho y era amigo de mi familia, no he perdido de vista al Japón, cuyos éxitos he comprendido y cuyo desarrollo he deseado, como nadie en este país, esperando que la fuerza del Japón como potencia mundial, logre salvar a

los pueblos asiáticos de los bárbaros imperialismos occidentales, incapaces de comprender lo que valen esos pueblos y lo que importa su conservación para los destinos futuros de la humanidad entera.

Como la naturaleza personal mía, es poco más o menos la de todos los mestizos nacionales, cuando los impulsos de la sangre blanca que hay en ellos, no domina a la sangre india; y por virtud de tal naturaleza, los mismos mestizos, que son el mayor número dentro de la población, y que vienen desde la Independencia, pugnando por formar lo nacionalidad mexicana, oscilan entre las dos culturas, sin resolverse a seguir definitivamente alguna de ellas. Una pretende llevar a los propios mestizos, o sea a la futura nacionalidad, hacia las formas estructurales complicadas de la cultura occidental, sobre todo los criollos de las ciudades; y la otra, sobre todo los indios y los mestizos del campo, hacia las formas patriarcales sencillas de la cultura oriental.

Los empeños contradictorios a que vengo refiriéndome y la vacilación de los elementos mestizos nacionalistas, son lo que principalmente causa las desgracias nacionales, y de ello se deriva mi empeño de convencer a todo el mundo, de la necesidad de tomar una resultante, creando al tomarla y seguirla, una nueva dirección cultural que deberá ser, no sólo la nuestra personal, sino la más conveniente para el país, y la que esperemos llegue más tarde a ser, la dirección propia de todo el continente. En otros términos, nosotros en lo personal, nuestro país como nación, y nuestro continente total, desde Alaska hasta la Tierra del Fuego, no somos ni debemos ser integrantes de la cultura occidental o europea, ni de la cultura oriental o asiática, sino que debemos formar nuestra cultura propia intermedia, una cultura nueva que deberá ser la cultura continental americana, de la que se elaboren en el Canadá y en los Estados Unidos las fuerzas económicas, y en México y en los países indolatinos que no se declaren españoles, las direcciones culturales. Y como creo que a tal resultado no podrá llegarse sin establecer antes la solidaridad continental completa, me he esforzado siempre, por convencer, al menos a mis compatriotas, de que a pesar de todo cuanto se diga, el destino buscan por medios económicos, después de haberla procurado largamente por medios políticos, llegue a ser un hecho positivo y concreto. Para mi criterio, no hay labor más funesta para el porvenir nacional nuestro, que la que se hace a pretexto de unir a todas las naciones de habla española bajo la hegemonía de España, para crear a ésta un poder que le permita recobrar su dominación en América y prestar un sólido apoyo a los imperialismos ingleses, contra los Estados Unidos.

Quienes predicán en México contra los Estados Unidos, se muestran incapaces de comprender que si los Estados Unidos llegan a dominar por las fuerzas económicas todo el continente de América, México llegará a dominar

a los Estados Unidos, por su fuerza cultural: esto no es una simple frase efectista; va siendo cada día más, un hecho positivo. Porque los Estados Unidos, país esencialmente occidental, no podrán crear una cultura; pero nosotros que con la cultura occidental, llevamos las orientaciones orientales, sí podremos crearla. Para tener una resultante se necesitan dos fuerzas opuestas, y los Estados Unidos, no tienen más que una.

Yo he venido pensando en todo lo anterior, desde que empezó a prepararse el encuentro de los Estados Unidos con el Japón en la inmensidad del Pacífico; ya en mi libro "Los Grandes Problemas Nacionales", publicado en 1909, traté de fijar la posición de México en tal emergencia, y las ideas que los lectores de esta polémica, van a ver como expuestas por mí, continúan las de mi libro antes citado.

Por virtud de todo lo expuesto, cuando leí el último tratado celebrado con el Japón cuya publicación coincidió con la tronante nota de Mr. Killow que mostraba con claridad el enojo de los Estados Unidos contra México, me apresuré a llamar la atención de todos mis compatriotas, sobre el particular, por parecerme que no debía dejarse ahondar y menos por medio del Japón, una escisión entre nuestro país y los Estados Unidos, que habría regocijado mucho a los enemigos de altura de nuestro porvenir histórico, que ostensiblemente son, los partidarios todos de la unión de los países de habla española, y que en realidad son los imperialismos ingleses. Con ese motivo escribí un artículo que no hace al caso en esta publicación, y que dió motivo a la polémica que seguí con el señor don Rafael Nieto, si es que polémica se puede llamar a un artículo del mismo señor con motivo de otro anterior mío, y a los tres que publiqué yo, días después, y que no tuvieron contestación.

México, D. F., mayo de 1935.

ANDRES MOLINA ENRIQUEZ

EL TRATADO CON EL JAPON NO TIENE CLAUSULAS SECRETAS

(“El Universal”, sábado 11 de julio de 1925).

Como un escritor dijera que las declaraciones del secretario Kellogg habían sido al margen del asunto del tratado firmado entre México y el Japón, y que en él se encerraba una cláusula secreta, el señor Secretario de Relaciones nos declaró ayer que este Tratado ha sido ya dado a conocer públicamente y que es un simple tratado de comercio y amistad como cualquiera que se celebra con naciones amigas, según prácticas seculares y habituales. Agregó que este Tratado no contiene cláusula secreta alguna ni menos convenio de compromisos de otro tenor que los que no sean para la buena amistad y armonía de ambas naciones.

NINGUN TRATADO SECRETO EXISTE ENTRE MEXICO Y JAPON

(“El Demócrata”, sábado 11 de julio de 1925).

Con motivo de algunas apreciaciones hechas y dadas a conocer ayer con respecto al tratado de amistad y comercio pactado recientemente entre México y el Japón, entrevistamos al licenciado Sáenz, Secretario de Relaciones, quien nos manifestó lo siguiente:

“Nada absolutamente de oculto o secreto contiene el tratado de amistad y comercio firmado con el Gobierno del Japón, pues que con toda oportunidad, nuestro Gobierno dió a conocer públicamente el texto íntegro del convenio”.

Agregó el licenciado Sáenz, que por las cláusulas del tratado puede verse que sólo se refiere o lo acostumbrado en convenios semejantes que se celebran por cualquiera de otros países.

Por último, estima el Secretario de Relaciones, siempre han constituido una práctica habitual, en la vida internacional de los pueblos.

EL TRATADO MEXICO-JAPONES NO PUEDE DAR ORIGENES A SUSPICACIAS, DICE EL CIUDADANO SECRETARIO DE RELACIONES

("Excélsior", sábado 11 de julio de 1925).

El nuevo tratado de comercio y amistad, que entró en vigor el mes próximo pasado, no tiene ninguna particularidad que pueda levantar suspicacias de los Estados Unidos o de otros países, como lo asegura el señor Lic. Andrés Molina Enríquez, presidente de la Confederación Nacional Agraria.

Esta declaración nos fué hecha ayer en la Secretaría de Relaciones Exteriores, comentándose nuestra información que exclusivamente publicamos en nuestro último número, al insertar las amplias declaraciones que nos hizo el señor Molina Enríquez.

Como ya informamos, dicho profesionista considera que el citado tratado fué el origen de las recientes declaraciones de Kellogg, añadiendo que los Estados Unidos no han visto con buenos ojos la concertación de ese convenio, y de ahí que se pretenda poner dificultades al Gobierno actual de México.

El señor licenciado Sáenz, Secretario de Relaciones Exteriores, no considera que el tratado en cuestión pueda ser criticado por nadie, por ser muy semejante a todos los que se acostumbra celebrar con los países extranjeros, por ser exclusivamente de "comercio y amistad", como se expresa claramente en el documento.

"Estos convenios —nos dijo— están considerados dentro de las prácticas internacionales y es costumbre celebrarlos con cualquier país, por lo que no considero bien fundadas las presunciones del señor licenciado Molina Enríquez".

Ya el citado tratado fué publicado por "Excélsior", por ser de los llamados "tratados públicos" y no tiene absolutamente nada de extraordinario ni secreto.

También en su oportunidad dijimos que el tratado en cuestión es semejante al que existía antes y que fué firmado por el Japón en 1888, siendo el nuevo simple y sencillamente una continuación de aquél.

MEXICO, ESTADOS UNIDOS Y JAPON

Por RAFAEL NIETO.—("El Universal",
sábado 5 de septiembre de 1925).

De tiempo en tiempo se habla en México de la probable guerra entre los Estados Unidos y el Japón y de la actitud que en tal emergencia debiera Mé-

xico asumir. Los utilitaristas, imbuídos en el cinismo oportunista de la REALPOLITIK de la Alemania pre-bélica, consideran algo obvio e indiscutible nuestra alianza con los Estados Unidos. Aun don Andrés Molina Enríquez, habitualmente tan ponderado, aboga en reciente artículo porque México, y toda la América Latina, consideren como propia una guerra de los Estados Unidos.

Para mí es inconcebible semejante aberración internacional. Es posible que el conflicto, que se ha considerado inevitable, sea al fin salvado por la acción de las fuerzas económicas, que tienden a forzar un entendimiento (los antagonismos imperialistas ceden el paso a la internacionalización capitalista); pero si así no fuere, y estallara la catástrofe, México no tendría más que una conducta que seguir, clara, precisa, terminante, imperativa: la neutralidad.

Para la política americana en China, no es un obstáculo el Japón. La operación del Consortium financiero internacional —prueba plena de las nuevas fuerzas financieras cooperativas que están moviendo el mundo— y la implantación de los acuerdos de Wáshington, que sintetizan la política de los Estados Unidos en China; no sólo no encuentran en el Japón un opositor, sino un franco aliado. Ni los Estados Unidos ni el Japón ambicionan territorio perteneciente al otro. Los Estados Unidos son los más grandes clientes de la industria japonesa. Sin el mercado americano la organización económica del Japón se derrumbaría instantáneamente. El Japón es uno de los principales compradores del algodón americano y el agente y comisionista natural —por la raza y el idioma— para la expansión del comercio americano en China. El Japón se vería, por ahora, absolutamente imposibilitado de financiar una guerra contra los Estados Unidos. En la paz, el Japón es uno de los países que gozan de mejor crédito en Wall Street (en las últimas semanas ha obtenido allí considerables préstamos). La herida que al amor propio japonés infligieran tan rudamente los Estados Unidos en relación con los inmigrantes de California, va cicatrizando a medida que los vínculos económicos se aprietan.

Todas esas razones operan contra la guerra. Pero si no bastasen a impedir la, ¿qué motivos podrían inducir a México a abandonar un deber ineludible de neutralidad, y a agredir (más con la intención que con los hechos) a un país que nada nos hace, que ha sido secularmente nuestro amigo y que nos ha prodigado siempre la más alta consideración internacional?

Dos órdenes de ideas parecen bullir en la mente de los utilitaristas de la REALPOLITIK. Las ventajas materiales que sacáramos de los Estados Unidos, o por mejor decir, el precio a que cotizáramos nuestra sucia acción internacional; y el temor de vernos envueltos por la fuerza en el conflicto, sin haber regateado previamente el importe de nuestra cobardía y de nuestra degradación.

* * *

Es curioso observar cómo una persona de sólidos principios morales, de amplia cultura, de conducta personal intachable, cambia radicalmente de criterio moral, cuando ya no se trata de reglas de conducta individual, sino de las relaciones entre los países. En realidad, el standard moral de las relaciones entre las naciones, ha sido y es aún mucho más bajo del que marcan las relaciones entre los individuos. Ha existido hasta ahora una moral variable: lo que sería un crimen en el individuo, pretende justificarse en la nación. “¡Qué pícaros seríamos —decía Cavour ha muchos años— si hiciéramos por nosotros lo que hacemos por nuestros países!” Y los utilitaristas del oportunismo político, arguyen que esas dos distintas clases de moral han sido y son indispensables en el desarrollo del progreso humano. Pero es esto una burda mentira. La aplicación de semejante criterio es culpable de muchas miserias sociales del pasado y es responsable al presente de que no pueda venir la paz a Europa y de que Asia y Africa se agiten en convulsiones de sangre y de dolor.

Charles Dilke se refería a los estadistas que tenían en sus manos los destinos de Europa, como a “un grupo de ancianos malvados, sentados en torno de una mesa cubierta con el tapete verde”. Por supuesto que el duro calificativo no tenía una connotación individual. Todos eran en lo personal respetables y honrados. No robaban, no reñían, no asesinaban. Pero cuando creían que se versaban los intereses de sus respectivos países, estaban listos para mentir y organizar el robo y la matanza en grande escala; y cometer todos los crímenes colectivos que periódicamente han acarreado lágrimas y lutos a la humanidad.

* * *

He aquí un solo caso ilustrativo en la historia reciente, Mr. Baldwin, Primer Ministro de Inglaterra, es el tipo del más perfecto caballero. Todas las cualidades tradicionales que se consideran innatas en el *gentleman* británico; el más exquisito sentimiento del honor, el concepto más alto de la dignidad, la cortesía, la indulgencia, la caballerosidad en suma, forman el carácter definitivo de Stanley Baldwin, Primer Ministro inglés y uno de los frutos más refinados de la ultra-civilizada raza nórdica. Pensar que Mr. Baldwin es capaz de cometer un robo, es tan absurdo como suponer que una máquina de coser puede producir huevos fritos. Ni aun seriamente ofendido por otra persona podría pensarse que Mr. Baldwin, en venganza o castigo, usara de la fuerza bruta para hacerse una justicia *sui generis* robando y expoliando al ofensor. Esto, individualmente, jamás podría hacerlo Stanley Baldwin. Pero que

obre Mr. Baldwin en su calidad de Primer Ministro del Imperio Británico, y las cosas cambian. Es asesinado en Egipto, por particulares desconocidos, el alto comisionado inglés en el Sudán, y el caballeroso, digno, honorable, cortés e indulgente de Mr. Baldwin, en vez de esperar, como hombre civilizado, el descubrimiento y enjuiciamiento de los culpables, toma de las arcas del tesoro egipcio un millón y medio de libras esterlinas, disuelve por medio de las bayonetas el Parlamento del Cairo, y se apropia del territorio del Sudán y de las aguas del Nilo que pertenecían a Egipto. Es decir, Stanley Baldwin, como Ministro, ha hecho cosas de que se consideraría profundamente avergonzado si las hubiera hecho en su carácter privado.

Así el licenciado Molina Enríquez y los utilitaristas oportunistas de México. Aconsejan para nuestro país una política internacional que les avergonzaría aplicar en sus relaciones personales. Que riñeron dos amigos del licenciado Molina Enríquez, y él, en lugar de permanecer ajeno, a la contienda o de usar toda su persuasión y todos sus esfuerzos en hacer la paz, va y le pega a uno de los contendientes. No al que le haya dado algún motivo de resentimiento o a aquél que señale un impulso generoso y espontáneo de ayuda al débil. Estas consideraciones románticas no cuentan en la REALPOLITIK. Va a pegarle al contendiente que no ofrece ni puede dar nada, a cambio de los dineros que va a sacarle al que es fuerte y rico. ¡Admirable y edificante moral!

Los escépticos e inaccionarios del derecho internacional (pido mil perdones a la gramática involutiva de don Carlos Díaz Dufóo), dirán: "Las cosas son así y no vamos a cambiarlas". Y bien, las cosas no deben ser así. Los principios éticos que rigen nuestra conducta individual, deben también servir de norma en nuestras relaciones con los demás países. México, en toda su historia independiente, no ha aplicado jamás —por fortuna— una baja moral utilitarista en sus relaciones internacionales. El día en que por groseras conveniencias materiales, fuéramos a degradar y encanallar nuestra política exterior, renunciaríamos al derecho de exigir respeto de los fuertes.

* * *

Quienes creen que México se vería arrastrado por la fuerza al posible conflicto entre los Estados Unidos y el Japón, parten de una falsa premisa: que la América septentrional sería el teatro de la guerra. Y la verdad es que si la catástrofe estallara, la bala que se disparara más cerca de nosotros, lo sería a miles de millas de distancia de nuestras costas. El Japón está absolutamente imposibilitado de agredir a los Estados Unidos en su propio terreno. Venir a combatir en territorio o en aguas de América, significaría para el

Japón una inmediata derrota. Su defensa con probabilidades de éxito, o de prolongada resistencia al menos, estaría en circunscribir la lucha a los mares y territorios del lejano oriente. Y el Japón tiene en sus manos la elección del campo de combate.

En condiciones tales, ¿qué significaría para los Estados Unidos la alianza de México? Absolutamente nada. El único interés para ellos consistiría en poder adquirir sin restricciones nuestros productos: petróleo, cobre, henequén, etc. Y todo esto lo tendrían como lo tuvieron en la pasada guerra. La venta de nuestro decoro internacional quedaría sujeta, por tanto, a la cotización más baja. Y el propio comprador tendría razón en despreciarnos.

Los utilitaristas oportunistas olvidan además la lección reciente. ¿Qué ventajas materiales obtuvieron sobre los países neutrales, los pequeños países que en la última guerra desenvainaron GALLARDAMENTE la espada contra los que entonces se llamaron enemigos de la civilización? ¿Y las ventajas morales? La verdad es que, cuando se han ido vaciando los archivos oficiales y ha podido observarse la génesis de LA GUERRA PARA ACABAR CON LAS GUERRAS, y la conducción de la contienda que iba a SALVAR LA DEMOCRACIA en el MUNDO, no habrá un país de los comprometidos en la bárbara lucha, que no comience a sentir el rubor de la vergüenza.

El Lic. Molina Enríquez quisiera que la Doctrina Monroe se resolviera en una Liga Pan-Americana de naciones. Yo creo que, mientras la mentalidad de la mayoría de los gobiernos de América no cese de alimentarse en un nacionalismo y en un jingoísmo rezagados, no será posible formar una Liga en que todos tengamos derechos iguales. Cuando las condiciones cambien—y sólo cambiarán cuando ascienda al poder el emergente movimiento laborista en toda la América— será factible y obvia la implantación de esa Liga de Naciones Americanas; pero no será entonces una alianza para hacer la guerra, sino una asociación de pueblos para organizar la paz.

Sugiere el licenciado Molina Enríquez que México denuncie el reciente tratado comercial celebrado con el Japón, a efecto de halagar a los Estados Unidos. El tratado en cuestión es un tratado ordinario, igual a los que México ha celebrado con todos los países amigos. Es absurdo pensar que un tratado en tales condiciones pueda despertar la susceptibilidad de Wáshington. Pero se olvida en todo esto una cosa fundamental. Si para el ejercicio de las facultades que tiene México en estricto derecho internacional, y tratándose de actividades meramente comerciales y pacíficas, sin espíritu de diferenciación para nadie, fuéramos a esperar la aquiescencia o la aprobación de un poder extraño, querría decir que habríamos renunciado al uso más claro y neto de nuestra soberanía. Y si México ha de perder su soberanía, que no sea jamás

por voluntad propia; que se le arranque en todo caso por la fuerza. Aun entonces nos evitaríamos el bochorno de ofrecer nuestra dignidad internacional al mejor postor.

Rafael Nieto.—Anzio, agosto, 1925.

LA PROXIMA GUERRA DEL PACIFICO

Por el Lic. ANDRES MOLINA ENRIQUEZ.
("El Universal", viernes 25 de septiembre de 1925.)

Al señor don Rafael Nieto:

El señor don Rafael Nieto ha escrito desde Italia a "El Universal" con motivo de las declaraciones que en nombre de la CONFEDERACION NACIONAL AGRARIA, hice no hace mucho tiempo respecto de que el verdadero motivo de las declaraciones del Ministro de Estado de los Estados Unidos, Mr. Kellogg, no eran las cuestiones agrarias, sino el tratado recientemente celebrado con el Japón, y que por tanto México estaba en el caso de superponer a ese tratado una declaración semejante a la del Presidente Monroe aplicable al Occidente, o denunciar el mismo tratado. Dice el señor Nieto, en resumen, que no comprende cómo yo, HABITUALMENTE TAN PONDERADO (palabras del señor Nieto), abogue porque todas las naciones de América consideren como propia una guerra de los Estados Unidos, y llama al postulado de que así sea, una ABERRACION INTERNACIONAL. Cierto es que atenúa ese juicio, diciendo que es de observación general que personas de sólidos principios morales, de amplia cultura y de conducta personal intachable, cambien de criterio moral cuando se trata de asuntos internacionales, y asienta el principio de que en la realidad de las cosas, el standard moral de las relaciones entre las naciones, es mucho más bajo del que marcan las relaciones entre los individuos; pero después de afirmar rotundamente que no hay motivo para una guerra entre el Japón y los Estados Unidos, y que en el caso de que esa guerra llegue a realizarse, no hay razón para que México tome parte en ella, atribuye mi opinión sobre el particular, al propósito mezquino de halagar a los Estados Unidos para obtener de ellos ventajas materiales que no compensarían el bochornoso sacrificio de nuestra dignidad internacional.

EL MOTIVO DE ERROR EN EL SR. NIETO

Comenzaré por el principio:

Para mí el señor Nieto es uno de los hombres más notables que la Revolución ha producido: es a la vez, hombre de acción, de administración y de estudio, y mantiene su espíritu abierto a todas las ideas, a todas las observaciones y a todas las réplicas (cualidad ésta rarísima en quien pertenece a una nación de obcecados); pero su actual cerebración padece del error de visualidad que sufren según Einstein, quienes forman parte de un sistema de movimiento y son arrastrados por él. El señor Nieto está en Europa, lee de preferencia libros europeos, y arrebatado por la mentalidad europea, no ha podido ver bien las nubes que en el cielo del Océano Pacífico se amontonan y que están a punto de determinar una tempestad incomparablemente mayor que la de la última guerra mundial.

LA GUERRA DEL PACIFICO SE PREPARA EN REALIDAD

Sólo por la aberración visual a que me he referido antes, se puede explicar que el señor Nieto no se haya dado cuenta de lo que pasa en el Pacífico. El Japón no es el país débil que dice el señor Nieto: el Japón no tiene en Asia intereses comunes con los Estados Unidos: LA HERIDA QUE AL AMOR PROPIO JAPONES INFLIGIERAN TAN RUDAMENTE LOS ESTADOS UNIDOS EN RELACION CON LOS INMIGRANTES DE CALIFORNIA, para usar las mismas palabras del señor Nieto, no va cicatrizando como él cree, sino al contrario, y de ello da irrecusable testimonio la conmemoración oficial de lo que el Imperio Japonés ha llamado "el día de la humillación".

En estos días el órgano periodístico oficial del Partido Laborista Mexicano, cuyo jefe el señor Morones acaba de visitar los Estados Unidos, ha publicado unas correspondencias de San Antonio Texas en que se habla de los preparativos que se hacen en el Japón y en los Estados Unidos para la guerra de que se trata.

Pero vamos por partes.

EL JAPON SERA EN LA GUERRA FUTURA TODA EL ASIA

El Japón no guarda con los Estados Unidos, como parece creer el señor Nieto, las proporciones de un niño junto a un adulto; pero admitamos como supuesto, que el Japón aislado fuera una nación débil al lado de los Estados

Unidos, el señor Nieto no podrá negar que por muy fuertes que sean los lazos económicos que unan a los Estados Unidos y al Japón, son mucho más fuertes los lazos continentales que unen al Japón con los grandes pueblos del Asia, y que en caso de una guerra con los Estados Unidos, todos esos pueblos combatirían juntos bajo la dirección suprema del Japón. Precisamente una guerra del Japón o de China con alguna potencia de otro Continente, produciría el efecto inesperado de la integración continental del continente de Asia.

EN LA INTEGRACION DEL ASIA, SE VERA QUE ESTA COMIENZA EN LOS CARPATOS Y LOS BALKANES

Vista desde muy alto la historia de Rusia, se ve con claridad que esa enorme nación compuesta de elementos netamente asiáticos, no ha perdido su carácter asiático jamás. Su contacto con Europa y en ésta con Alemania, generó en ella una oligarquía de tendencias europeas que con el alma y el látigo de Pedro el Grande (grande naturalmente para los europeos), logró imponerse; pero tan no estuvo jamás de acuerdo la gran masa tártara de la nación cuyo sentir palpitaba en el corazón del hijo por Pedro sacrificado sin piedad, que el gobierno de los sucesores de Pedro no pudo sostenerse sino por procedimientos de una rudeza tal, que como distribuidores de dolor dejaron muy atrás los de Felipe II. Por eso cuando la guerra mundial quitó a la oligarquía el aliento europeo que la venía animando y los prestigios que la victoria hubiera podido darle, la gran masa tártara vió llegada la hora de volverse contra la misma oligarquía y de ahogarla sin consideración alguna, lo cual hizo efectivamente; pero si bien los directores de la gran masa tártara para mover ésta a rebelarse contra la oligarquía, levantaron como bandera el noble anhelo de reconstituir a la nación conforme a un nuevo tipo de organización social sobre la base de un comunismo simplista, en realidad obedeció al impulso atávico de volver al tipo asiático de organización, para lo cual la base comunista le allanaba considerablemente el camino. La ceguera de las otras potencias europeas ha hecho lo demás, y en los momentos presentes puede decirse que si Rusia no forma ya parte del continente de Asia, es porque falta todavía la guerra que determine la reintegración de ese continente, y tal guerra es precisamente la que se está preparando.

LOS DOS TIPOS PRINCIPALES DE CIVILIZACION

En mi libro "Los Grandes Problemas Nacionales", me refiero con toda extensión, a las dos formas de organización social que resultan de las dos formas

en que se divide la selección por razón de las dos formas territoriales en que principalmente actúa; esas dos formas de organización, recuerdan, porque obedecen a los mismos principios dinámicos, el estado líquido y el estado sólido de la materia.

La selección como es sabido, es el proceso de la lucha por el dominio del medio en que se vive: cuando el medio es para los hombres un continente de vastas extensiones fértiles, la multiplicación de los grupos humanos, no determina su compenetración, sino su dilatación en tribus conexas: cuando el medio es para los hombres un continente de estrechas o limitadas superficies aprovechables, la multiplicación de los grupos humanos determina la lucha inevitable de unos con otros y su forzosa compenetración para que todos puedan vivir en el mismo lugar. En el primer caso, los lazos sociales necesariamente débiles no exigen una forzosa división del trabajo, y las facultades humanas dirigidas todas a la forma de la producción rudimental, o sea a la agricultura, conduce al hombre a la adaptación plena de su naturaleza animal al medio: en el segundo caso, la integración social impone la división del trabajo, y como en virtud de esa división, la actividad de cada hombre se reduce por la acción concurrente de los demás, a una sola función, lo cual explica su aptitud industrial, las facultades concentradas en esa función misma, se afinan y desarrollan considerablemente determinando en la producción del conjunto un perfeccionamiento constante y progresivo. El primer caso, produce la vitalidad, la multiplicación y la adaptabilidad, de los pueblos asiáticos: el segundo caso explica la solidaridad, la compactidad, y el perfeccionamiento progresivo de los pueblos europeos. Los pueblos asiáticos son por su naturaleza internamente pasivos; los pueblos europeos, son por su naturaleza internamente, agresivos; pero si éstos por su estado de integración tienen la fuerza de la penetración militar, aquéllos, por su número, tienen la fuerza de la disolución pacífica.

EL ENCUENTRO DE LAS DOS CIVILIZACIONES

Los pueblos del continente europeo por su índole agresiva, fueron los primeros en invadir los otros continentes: en el de América encontraron tan favorables condiciones y tan débiles resistencias, que pudieron ocuparlo todo entero: más dificultades han encontrado en el de Africa que no acaban de ocupar todavía; pero en el de Asia, no sólo han encontrado resistencias, sino que han encontrado pueblos capaces de invertir los términos de la invasión.

Es a todas luces visible, que todas las ocupaciones europeas en Asia, tienen un manifiesto carácter precario que indica un fin, más o menos próximo o

tardío, pero indeclinablemente seguro. La situación de los ingleses en la India, es ya inquietante: la de los mismos ingleses en China, ha entrado en el período de crisis: las demás posesiones no se sostendrán si las inglesas concluyen; y en tanto los europeos agotan las fuerzas de su potencia marítima para sostener sus posesiones asiáticas, el Asia comienza a entrar en actividad. El Japón está ya preparado, China muestra las perturbaciones que preceden a la organización militar, y Rusia se repone de las convulsiones internas.

Anticipándose a la marcha de las escuadras y de los ejércitos, el desbordamiento migratorio de la población asiática ha empezado ya la conquista del Pacífico. Así como todas las ciudades crecen instintivamente hacia el Poniente por orientar sus frentes hacia el Sol, el continente asiático entero parece querer avanzar hacia el Oriente, prolongando en el Océano la costa geográfica, por medio de la multiplicación asombrosa y punto menos que inmensurable de pequeños barcos, no de transporte sino de habitación, que impiden ver dónde acaba la tierra y empieza el mar. Así sucede principalmente en China; pero los europeos mismos se han encargado de enseñar a los asiáticos que los barcos pueden ir más lejos, y que no sólo pueden servir para habitación de los hombres tranquilos y para el intercambio de los productos. No poca sorpresa causa al viajero que llega al Japón, como acaba de suceder a Blasco Ibáñez, el tropezar con los formidables acorazados que le salen al encuentro para desvanecerle por completo la ilusión, que todavía persiste en Europa, de considerar al Japón como un país de juguete donde los hombres pequeños como niños juegan a las modas europeas.

Los efectos de la expansión asiática son patentes. El continente de América muestra ya a lo largo de la costa del Pacífico una faja amarilla que comienza en Alaska y termina en el cabo de Hornos, con la circunstancia de que esa faja tiende a ensancharse en México y en Perú.

Contra el desbordamiento asiático sobre América, los Estados Unidos despliegan todas las fuerzas de su enorme poderío. El dique que ya han puesto en Filipinas: la fortificación y el aprovisionamiento de las islas Hawai; el Canal de Panamá; y la atención constante sobre la bahía Magdalena, dan testimonio concluyente sobre la actitud de defensa que toman, la cual no se compara con la tranquila seguridad que supone el señor Nieto.

LA ACELERACION DEL CONFLICTO

Las circunstancias ya apuntadas bastan para dar una idea de que el conflicto indeclinable ha venido preparándose en los últimos treinta años. Acaso

ese conflicto tardaría en llegar a su punto de crisis, si no hubiera aparecido en el mundo, en estos días, una causa de segura aceleración.

Para todos los que piensan con seriedad en los sucesos actuales del mundo, es motivo de honda preocupación el hecho de que aunque hay todavía extensas superficies en la tierra, poco menos que desocupadas, el crecimiento de la población en casi todas las naciones, ha llegado a ser enorme, y en todas partes del mundo el problema de las subsistencias, el problema agrario fundamental, toma proporciones pavorosas. El hambre se ha hecho universal, y las masas humanas bajo el apremio de la necesidad primordial de la vida, han comenzado a romper los frenos morales forjados en cuarenta mil años de civilizaciones sucesivas y progresivamente suavizadas, y si esas masas no se afrentaron en la reciente guerra mundial de la ferocidad de los medios de lucha, ni de los bloqueos de la leche para los niños, ni de las listas negras contra los neutrales, ni de los propósitos farisaicos de imponer a todo un pueblo como pena el dar en carne de trabajo durante varias generaciones la ración de Shylock, nada las detendrá ante la risueña expectativa del saqueo colectivo y colosal de la nación que por la fuerza de su poder y por la abundancia de sus riquezas, representa en los tiempos modernos el papel de la antigua Roma.

UNA REFERENCIA INTERESANTE

Ya escrito y cerrado el presente artículo, encuentro en un recorte del número de "El Demócrata" correspondiente al 17 del actual, un artículo sin firma (seguramente tomado de algún otro periódico extranjero), que lleva por título "Ciudades de los Antípodas", y se refiere a las ciudades de Australia. Ese artículo concluye, con los párrafos que copio a continuación:

" . . . Hay muchos estadistas en Australia que se preocupan por la amenaza de la invasión asiática. Mr. D. S. Gullet, el famoso publicista, al regreso de la misión especial de investigación del lejano Oriente, asegura que el "Lejano Oriente" es una amenaza para Australia, que aumenta rápidamente.

Esto no quiere decir que los estadistas japoneses tengan siniestros designios sobre el país. El daño que se teme del Japón y del Asia en general, es más profundo que el que se quiere hacer derivar de proyectos militaristas o de ambiciones de estadistas. Consiste en la presión económica, en la difusión de la cultura y del orgullo de raza por la creencia que los asiáticos tienen

de que se les ha hecho una ofensa, y en el hecho de que en el lejano Oriente, y en especial en el Japón, están creciendo las aspiraciones individuales y nacionales. Ya se nota un avance fenomenal en las necesidades del pueblo en general. Ahora, cuando sobreviene el hambre, ya no se resignan a morir los millones de asiáticos, ni los sobrevivientes están dispuestos a multiplicarse tranquilamente, con la certidumbre de que en la próxima pérdida de las cosechas se reducirá nuevamente el número de habitantes. Ese día está expirando para el Oriente y para el Japón ha pasado ya.

El problema a que la relativamente vacía y desocupada Australia está segura de hacer frente dentro de dos generaciones, es el de la corriente humana. Del Asia, vendrá una erupción humana, como el mundo jamás la ha contemplado. Habrá inmigración en gran escala, un verdadero alud humano, insistente, penetrante y que sólo podrá resistirse por medio de barreras humanas. Las leyes locales de exclusión no podrán detenerla, ni estorbarla los tratados internacionales, porque será en número infinito y tal vez formidablemente armada y se esparcirá como un inmenso ejército en olas innumerables, reclamando simplemente los derechos que se conceden a la humanidad de todos colores y de todos los credos y no verá con indiferencia los sitios ya poblados y productivos, sino que se dirigirá instintivamente a las zonas fértiles y vacías, pidiendo un sitio y un hogar en las tierras que hasta hoy han contribuído con sus elementos al mantenimiento del mundo”

PALABRAS AL SEÑOR NIETO:

¿Qué dirá el señor Nieto al leer todo lo que precede? Pues mucho más me queda por decir, pero será materia de otro artículo que llevará el título de “La Guerra de los Continentes”.

México, D. F., septiembre de 1925.

LA GUERRA DE LOS CONTINENTES

Por el Lic. Andrés Molina Enríquez,
"El Universal", 7 de octubre de 1925.

II

Al Sr. Don Rafael Nieto

Creo sinceramente haber escrito el presente artículo con el espíritu tan por encima de los apasionamientos, que lo juzgo serenamente imparcial. Ni tratándose de las naciones extranjeras ni de los gobiernos de mi país, he tenido intención alguna de hacer daño. Tratándose de los unos y de los otros, digo con palabras análogas a las de Duguesclin, flor de la Caballería en la Edad media: NI QUITO NI PONGO REY; SOLO PIENSO EN MI PAIS.

LOS PERTURBADORES CONGENITOS DE LA PAZ MUNDIAL

Entre los dos continentes en que se han formado los dos tipos de cultura o de civilización, el tipo que los europeos llaman oriental o asiático y el tipo occidental o europeo, o sea entre el tipo netamente agrícola y el tipo netamente industrial, tiende de Norte a Sur, unidos por el lazo de Panamá, sus dos macizos territoriales el Continente de América. Ambos macizos, sufren a la vez la influencia europea por el Oriente, y la asiática por el Occidente, y tienen que ser el campo natural del encuentro y de la lucha entre esas dos civilizaciones o culturas: mas como los continentes por contender, están en el hemisferio Norte, dicho encuentro será de preferencia en la amplitud septentrional, cuyo centro de lugar, de población, de riqueza y de poder, son los Estados Unidos.

Ya dije en el artículo anterior, que la amplitud o estrechez de las extensiones que sirven de medio territorial a los grupos humanos, explican el grado de enrarecimiento o de integración de su estado social, y su aptitud mayor o menor para la fecundidad multiplicadora o para la fuerza agresiva. Ahora bien, como en los macizos continentales las superficies de anchura y fertilidad, exceden a las angostas de las penínsulas y a las circunlimitadas de las islas, los hombres de ambos continentes son originariamente pacíficos; pero el Continen-

te de Europa tiene las islas británicas y el de Asia las islas niponas, y unas y otras desempeñan un terrible papel contra la paz natural del mundo.

Las principales de las islas británicas y niponas, son demasiado grandes para simples islas de tránsito: en ellas la población como en todas partes, creciente, sufre más que en el resto de la tierra, la necesidad de la compenetración y por consiguiente de la selección que en el Japón llega hasta los extravíos del hara-kiri y que por efecto de una integración estupenda, da a todas sus unidades una formidable agresividad, Inglaterra y Japón, lanzan hacia los demás países, las unidades de su exceso de población, con la misma fuerza de penetración con que un cañón de marina lanza proyectiles de acero; y los dos tremendos cuerpos de artillería humana que son los expresados archipiélagos, si antes apuntaban a sus respectivos continentes, apuntan ahora a los Estados Unidos, porque esta nación, pacífica por EXCELENCIA, y segura del destino que le toca desempeñar en el mundo, ayuda a China en sus dificultades internas para que contrarreste al Japón, y priva de recursos a Europa para evitar que se arme a la voz de Inglaterra.

Que los Estados Unidos son una nación pacífica, aunque las naciones de habla española en el Continente se quejan de su imperialismo, da testimonio el hecho de no haberse salido de los límites que le trazaron los Tratados de Guadalupe. Si como son los Estados Unidos, fuera Francia por ejemplo (o cualquiera otra nación europea), los Napoleones americanos habrían ya intentado llegar y habrían llegado tal vez, hasta el cabo de Hornos, para tener el gusto de decir en una proclama con estentóreo RIMBOMBO DI PAROLE, según la expresión de Musolini que los dos grandes océanos, unidos del brazo, habían venido humildemente a besar los pies del glorioso pueblo vencedor.

LA IMPORTANCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS Y LOS RESENTIMIENTOS EUROPEOS

Es universal la opinión de que los Estados Unidos son en la actualidad, la nación más rica y más poderosa del mundo, y por consiguiente la que más excita las esperanzas, las codicias, las susceptibilidades y los resentimientos de las demás. La afirmación que acabo de hacer, no necesita ser demostrada. Voy a apoyarla, sin embargo, en dos testimonios de mayor excepción.

Guglielmo Ferrero, en un artículo que lleva el título de "¿POR QUE ES AMO DE LA NUEVA ERA EL PUEBLO AMERICANO?". y que leí en el número de "Excélsior" correspondiente al 17 del actual, dice así:

“... Europa dominó el mundo de la política, la cultura y las finanzas por espacio de siete siglos, hasta la época de la gran guerra. Siete años después de esa guerra, los estadistas europeos han tratado de hacer un balance de pérdidas y ganancias para prever qué pueblo será el futuro amo del mundo.

La mayoría se inclina ahora a ver en el pueblo de los Estados Unidos el amo predestinado de la nueva era. Los Estados Unidos eran fabulosamente ricos antes de la guerra, pero tenían una fuerte deuda con Europa, ya que ésta había prestado cinco mil millones de dólares para explotar los recursos norteamericanos. Hoy en día los Estados Unidos son acreedores del Universo. . . .

“... Todos convienen en reconocer la riqueza y el poderío de los Estados Unidos. Todos convienen en que la enorme superioridad económica que dió la gran guerra a los Estados Unidos, les proporciona los medios de asumir la dirección de los negocios del mundo entero. . . .

Frank Simonds en un artículo que con el título de la “LA IMPOPULARIDAD DE LOS ESTADOS UNIDOS EN EUROPA, DURARA POR LO MENOS DOS GENERACIONES”, dice así.

“... La actual impopularidad que es general en Europa por lo que respecta a los Estados Unidos, constituye uno de los fenómenos más notables, aunque no más agradable (Simonds es norteamericano), de la época contemporánea, que contrasta con los sentimientos que privaron entre los años de 1917 y 1920.

“La convicción europea, es que mientras las naciones del Continente (de Europa por supuesto), sufrieron y se sacrificaron por un principio, principio que a la postre abrazaron y adoptaron los Estados Unidos con furioso celo, éstos se enriquecieron y aumentaron su fuerza.

“A consecuencia de la guerra, la Gran Bretaña cedió a los Estados Unidos, NO SOLO LA SUPREMACIA EN EL MUNDO DE LAS FINANZAS, SINO EL DOMINIO EXCLUSIVO DEL MAR. Para Francia, la victoria fué igualmente ilusoria.

“Por lo que toca a Italia, cuya situación financiera era mucho peor que la de cualquiera otra de las grandes potencias que tomaron parte en la guerra, ve ahora que los Estados Unidos cierran sus puertas a los obreros italianos y exigen a Roma el pago de su deuda.

“Todo lo anterior se puede resumir así: que Europa ve en los Estados Unidos el único vencedor de la guerra y la única nación que salió de ella ilesa

y aun con riquezas aumentadas. Indebidamente, las masas europeas **ATRIBUYEN LA PROSPERIDAD NORTEAMERICANA A SUS SACRIFICIOS Y LE ATRIBUYEN A LOS ESTADOS UNIDOS SU MISERIA.**

.....

“Y considerando que de acuerdo con el actual arreglo de la deuda europea, los pagos que deben hacerse a los Estados Unidos, han de durar por espacio de dos generaciones, es difícil creer que la impopularidad norteamericana desaparezca en ese plano...”

¿No cree el señor Nieto, que muy poca distancia por recorrer, hay entre acusar a los Estados Unidos de haberse enriquecido con la ruina de Europa, y declararles la guerra por ese motivo? ¿No le llama la atención al señor Nieto, la coincidencia de que cuando en Occidente comienza a tratarse de avanzar hacia los Estados Unidos, en Europa comienza a prepararse la opinión para un movimiento igual?

LOS PASOS DE LA CONJURACION CONTRA LOS ESTADOS UNIDOS

Advertido por un párrafo de Spencer leído en 1892, más de veinte años antes de la reciente guerra mundial, acerca de que no podía considerarse al Imperio Alemán como definitivo porque no lo dejarían vivir las demás naciones, seguí desde entonces con el mayor cuidado los pasos de esas naciones contra aquel Imperio, y pude ver con la más perfecta claridad, cómo se fueron tendiendo poco a poco en la sombra, los múltiples hilos de la “Entente” que determinó y presidió dicha guerra. Algo así veo ahora en contra de los Estados Unidos.

A mi juicio, la guerra la vienen preparando, a la vez, en el Oriente el Japón y en el Occidente Inglaterra.

INGLATERRA EN LA GUERRA DEL PACIFICO

No hace mucho tiempo que el cable hizo circular por todo el mundo, la noticia de que Inglaterra, antigua aliada del Japón, había afirmado con él su anterior alianza. ¿Para qué?

Con el hecho a que acabo de referirme, Inglaterra se propone resolver una cuestión de presente y una cuestión de futuro. La de presente, consiste

en evitar que el Japón ataque las posesiones inglesas en Asia. La de futuro, consiste en adelantarse al movimiento expansivo asiático para sacar de él, en su oportunidad, todos los provechos posibles.

Inglaterra como ya dije en otra parte, no tiene que fatigarse mucho para convencerse a sí misma de la necesidad de una nueva guerra: además, siempre ha logrado evitar los trastornos interiores con las guerras exteriores, y en este momento en que los SIN TRABAJO le hacen sentir los pródromos de su descomposición propia, necesita una guerra exterior, con viva necesidad. Y puesto que el Japón se hace cargo de comenzarla.

El pueblo inglés tiene contra el de los Estados Unidos, muchos motivos de resentimiento. El de no haberle dejado consumir la ruina de Alemania; el de haberle quitado el dominio del mar; el de haberle quitado el dominio del dinero; el de haberle quitado el dominio del petróleo; el de haberle cobrado deudas; el de haber alentado las tendencias separatistas de las colonias; y el de estar ayudando a China. Los demás pueblos de Europa que formaron el grupo de LOS ALIADOS, tienen casi los mismos motivos, y además, el de su miseria apremiante, de modo que todas seguirán a Inglaterra, cuando llegue el momento oportuno. España no tiene iguales motivos, y sin embargo, está ya a la vanguardia. ¡La monarquía española está tan ligada a la inglesa!

Que el Japón, con su cautela habitual, se prepara, activamente para la guerra, es un hecho positivo. Todos los viajeros que van al Japón dan testimonio de que en ese Imperio, los cien millones de habitantes de sus cuatro mil islas, laboran para ella, absolutamente resueltos a poner para ganarla, todas sus fuerzas vitales y todas sus fuerzas económicas al máximo de tensión.

Que Inglaterra con su habitual destreza prepara para la guerra a los demás (siempre ha hecho la guerra con las fuerzas y con los recursos de los otros) es un hecho positivo y no es dudoso que las demás naciones pongan en ella todas sus fuerzas vitales y todos sus recursos al máximo de tensión, como lo hicieron en la guerra que acaba de pasar.

Pero ni el Japón ni Inglaterra laboran sólo para el futuro. En el Pacífico comienza a dibujarse un brazo de tenaza que parte de Tokio y termina en la costa occidental de México, y en el Atlántico comienza a dibujarse otro brazo de tenaza que parte de Londres y termina en la costa oriental de México, también.

Para mí no liga sólo una casual coincidencia, las múltiples actividades asiáticas en torno de la Baja California con las múltiples actividades inglesas en torno de la zona petrolera del Golfo, ni la remisión de los créditos japoneses por daños de la Revolución, con la reanudación inusitadamente acelerada

de las relaciones de Inglaterra con México. Tampoco creo que los hechos apuntados estén fuera de relación con la anunciada visita del Rey Alfonso a las naciones americanas de habla española.

¿ESPAÑA DENTRO DE LA CONJURACION?

Como es generalmente sabido, desde que las naciones americanas de habla española lograron su independencia, apareció la idea de su unión internacional; pero esa idea, formulada de diversos modos, durante un siglo, no bajó del cielo de la utopía al terreno de los hechos positivos. Hace algún tiempo comenzaron a laborar algunas de dichas naciones, con el propósito bien definido de conducir a todas a formar una liga si no de abierta oposición, al menos, de obstinada resistencia contra los Estados Unidos, y en los últimos años, tomando por pretexto el supuesto de que todas son de sangre española y por tanto de raza latina, se ha trabajado mucho, especialmente en México, para inducir las a una unión racial, como preliminar de una alianza política, bajo la hegemonía de España, y por la hegemonía de España, orientada en el sentido de los intereses europeos.

Constituída en América la alianza de las supuestas naciones latinas, se ve con claridad el trabajo que se espera de España y es el de tirar de la unión racial española, hacia el Sur, para convertir en un hecho real y positivo el símbolo de nuestra Universidad Nacional (el señor doctor Puig Casauranc debe fijarse en ello), que muestra el Continente de América como si por el Norte concluyera en el río Bravo, y que parece hecho intencionalmente para producir en la niñez, respecto de la expresada unión racial, el concepto romano de que detrás de las fronteras, sólo pueden estar los bárbaros, los enemigos, el desierto, el océano, la nada.

Ignoro si España de un modo consciente o sin darse cuenta de ello desempeñará el papel que se le asigna, pero si lo desempeñara como acabo de indicar, los Estados Unidos quedarían completamente aislados y la guerra, una guerra de corso, a la vez por el Oriente y por el Occidente, como la que en otro tiempo acabó con las flotas de España, podría comenzar desde luego; pero . . . no sucederá así.

LA FUNCIÓN DE MEXICO EN LA PROXIMA GUERRA

Muy a mi pesar, pues no quisiera cansar la atención del señor Nieto ni abusar de la paciencia de los lectores de "El Universal", me veo en la necesidad

de aplazar para otro artículo, que esta vez sí será el último, el exponer con todo detalle, cuál tendrá forzosamente que ser la función de México en el conflicto que se avecina. Por ahora me limito a decir, que impidiendo México la acción de España, si la desarrolla como se pretende sobre la unión racial (la llamaré así por ahora), de las naciones de habla española en América, prácticamente extenderá el campo de los Estados Unidos a todo el Continente americano, no llegando, tal vez, a efectuarse, o se convertirá en una formidable guerra de los Continentes, porque integrado para una acción defensiva común, todo el Continente de América, no será atacable sino hasta que se integren para el ataque común los continentes de Asia y de Europa. Si éstos llegan a integrarse también, la guerra entonces entre los tres Continentes no tendrá precedente ni en la guerra mundial recientemente pasada.

INCONMENSURABLE TRASCENDENCIA DE LA GUERRA QUE SE PREPARA

La ley americana de inmigración cuya fecha el Japón rememora año por año con el nombre de EL DIA DE LA HUMILLACION marca el punto de encuentro, y por tal encuentro de inevitable choque, de las dos culturas o de las dos civilizaciones que en la actualidad se dividen la Tierra. La divergencia de criterio en las negociaciones de conciliación entabladas por ambas partes y que terminaron bruscamente con dicha ley, no era una divergencia de opiniones sobre un asunto en que había conformidad de fondo: no, era una irresoluble contradicción de fondo, que provenía de una disparidad absoluta de mentalidades. La concepción de la vida, es completamente diferente en las dos culturas, en las dos civilizaciones que defendían sus representantes respectivos. Ahora bien, cada una de ellas en el esfuerzo natural de asegurar su existencia y su desarrollo futuros, tiene que pensar en aniquilar a la otra. Hasta hoy las dos han podido vivir ocupando áreas distintas, pero como ya ninguna de las dos cabe en su área propia, el problema de cuál de las dos aniquilará a la otra porque ya no caben las dos en el mundo, se presenta de pronto con la rígida inflexibilidad de lo inevitable.

El problema a que acabo de referirme, tiene pues, que plantearse así: ¿debe prevalecer la civilización occidental con el progreso individual y con la elevación mental que son su orgullo, o debe prevalecer la civilización oriental con el bienestar material de la subdivisión agrícola y con el reposo de la quietud mental que son para ella un orgullo también? ¿Deberá prevalecer la filosofía,

toda SENTIMIENTO PRACTICO, de Confucio, o la doctrina, toda ENSUEÑO, de Cristo?

La cuestión que acabo de plantear, para el alto sentir de México, debe traducirse en el siguiente dilema: o dejar destruir a los Estados Unidos, para que la ola asiática pase sobre todos los pueblos, o ayudar a los Estados Unidos a salvar, lo que nosotros los occidentales, llamamos la Civilización. Porque no hay que darle vueltas al asunto: si los Estados Unidos llegaran a desaparecer, no habría ya poder humano que detuviera el desbordamiento del Asia, y el mundo se convertiría en una inmensa China en la que América sería un inmenso Japón.

PALABRAS AL SEÑOR NIETO

¿Cree el señor Nieto que quien piensa estas cosas aconseja la Doctrina Monroe de Occidente, sólo para tener el derecho de pedir algo a los Estados Unidos? Arrepíentase de haber formulado un juicio temerario contra la intención que dió motivo a las declaraciones que hice en nombre de la Confederación Nacional Agraria acerca de la necesidad de dicha Doctrina, y espere el último artículo sobre la materia, que llevará el título de: *México y la Doctrina Monroe de Occidente*.

LA DOCTRINA MONROE DE OCCIDENTE

Por el Lic. ANDRES MOLINA ENRIQUEZ
(“El Universal” sábado 31 de octubre de 1925.)

III

Al señor don Rafael Nieto:

Con el presente artículo pongo punto final a mi contestación al señor Nieto. Creo que justifica suficientemente la amplitud que he dado a dicha contestación, la necesidad de exponer a la vista de los lectores de “El Universal”, todo el juego de los factores que vienen preparando de nuevo, una general conflagración.

EL ACTUAL CONCEPTO DE RAZA

El concepto de raza no tiene en la actualidad una connotación precisa.

Cuando se creía que todas las especies de animales y de plantas habían sido hechas, de todo a todo, el día de la Creación, y que los sistemas de clasificación científica tenían por objeto principal el de identificarlas, era natural que se creyera también que las marcadas diferencias que dentro de la especie humana se notaban, entre los blancos, los rojos, los amarillos y los negros, obedecían a que dentro de dicha especie, habían sido igualmente creados, de todo a todo, grupos diversos, que fueron llamados RAZAS. Las razas eran pues, las divisiones hechas en la especie humana el día de la Creación.

Pero la teoría de la evolución, apoyándose sobre el incesante movimiento de la vida, que se siente, se ve y se palpa en todos los seres, al explicar que las especies no son sino apreciaciones momentáneas de semejanzas y diferencias fugitivas que varían con el punto de observación, el concepto fundamental de raza, perdió su sentido original, y ha quedado desde entonces, como dije antes, sin precisa connotación.

En la actualidad el concepto de raza es completamente relativo: con él generalmente se expresa, que todos los seres humanos que son producto dilatado de una misma región, han adquirido ciertas uniformidades de constitución orgánica, de costumbres, de tendencias y de mentalidad, que pueden reconocerse en todos ellos, y que imprimen al grupo total en conjunto, caracteres de individualidad que sirven para distinguirlo de los demás formados en idénticas circunstancias.

LA RAZA LATINA EN AMERICA, ES UNA MIXTIFICACION

Dada la actual connotación del concepto de raza, se comprende, desde luego, que ni hay raza latina, ni hay entre las naciones que se consideran latinas, unidad alguna racial.

Entre las naciones de América que se consideran como latinas, la variedad estructural de los territorios que ocupan; la dificultad de comunicaciones que aísla esos territorios; la disparidad de las sangres blanca y negra que los conquistadores iberos trajeron de allá; la diversidad de la sangre roja de los indígenas encontrados aquí; la desigualdad numérica con que se compenetraron los tres elementos de sangre, blancos, negros y rojos; la inmensidad de la distancia

evolutiva que separaba a dichos elementos; la complejidad con que tuvieron que hacerse los mestizajes; la dispersión de dirección mental que entre tan irrelacionados grupos sociales tenía que producirse, y otras mil circunstancias de divergencia que es inútil mencionar, demuestran muy a las claras, que entre las expresadas naciones hay tales diferencias de origen, de naturaleza y de idealidad, que la supuesta unidad de raza de las mismas naciones, no pasa de ser una verdadera mixtificación.

MEXICO COMO COMPUESTO DE RAZAS

México, como la mayor parte de las naciones de América que se consideran latinas, no tiene unidad de raza.

Es generalmente sabido que México se compone de un cinco por ciento de extranjeros, de un diez por ciento de criollos, de un sesenta y cinco por ciento de mestizos, y de un veinte por ciento de indígenas.

El carácter latino de los pueblos de América se hace consistir indudablemente, en su origen español. Y bien, nadie habrá que se atreva a considerar a los indios como españoles; tampoco habrá quien considere a los mestizos producto de la yema española en la robusta planta indígena, como españoles, cuando en todas nuestras revoluciones intestinas, siempre hechas por aquéllos, ha aparecido vigorosa y pujante la tendencia de expulsar a los españoles que se encuentran en el país; de modo que, a mucho conceder, suponiendo que entre todos los extranjeros las tres cuartas partes fueran españolas, y que entre todos los criollos los de sangre española guardaran la misma proporción, apenas un diez o un doce por ciento de la población total, sería española, o latina si así se quiere decir, y tan insignificante minoría jamás podrá ser considerada, ni por su número ni por su significación, como la representación genuina de la raza nacional.

Sin perder de vista la relatividad del concepto de raza, se puede decir, que la verdadera raza nacional, es el elemento mestizo de nuestra población, formado en los trescientos años de la Época Colonial y en los cien años de independencia que precedieron a la revolución actual (no concluye todavía), iniciada con el Plan de San Luis.

El elemento a que acabo de referirme y que desde que comenzó a formarse, ha tenido al español o al criollo encima y al indígena abajo, habría acabado ya por disolver al uno y al otro en su propia masa, concluyendo la formación definitiva de la raza nacional, si al iniciarse dicha revolución se hubiera evitado que los criollos se apoderaran, como sucedió efectivamente, de la dirección de los sucesos.

El mestizo bien equilibrado, es el tipo de nuestra nacionalidad: fuerte, resuelto e imperturbable como el indígena, y gentil, culto y refinado como el criollo.

ORIENTACION DE LOS ELEMENTOS DE RAZA QUE COMPOENEN LA POBLACION NACIONAL

En las declaraciones que hice en nombre de la Confederación Nacional Agraria, y que motivaron el artículo del señor Nieto, dije, que los criollos y los indígenas veían a Oriente o a Occidente, pero nunca al Norte, y que los mestizos siempre veían para el Norte. Seré en esta vez más preciso.

Que los criollos, en su mayor parte, descendientes de españoles, ven para Europa, no necesita ser demostrado; a ello se debe el sueño de imposible realización positiva de la supuesta unión racial de las naciones latinas de América. En ese empeño los criollos actuales reniegan de sus antecesores los que hicieron la Independencia. Los criollos aquellos, no se creían españoles; tenían a orgullo no serlo. Se llamaban ellos mismos, AMERICANOS, hijos del Continente.

Que los indígenas en ciertos momentos pueden ver para el Asia, acaso necesite ser demostrado, pero es cierto. Nadie, en los últimos cincuenta años, ha puesto con mayor afán de investigación y con mayor sentimiento de cariño, todas sus energías al estudio de los indios de nuestro país, como yo al escribir mi libro *Los Grandes Problemas Nacionales* y al llenar, como profesor del Museo Nacional, los ocho salones del Departamento de Etnografía Aborigen. Nadie como yo ha descubierto (el señor Vasconcelos se ha servido reconocerlo recientemente), lo que el indio puede dar de adaptación, de energía y de alma, y lo que la india puede dar de belleza, de sentimiento y de corazón, a la raza nacional en el elemento mestizo. Por eso he procurado siempre, de preferencia, el bienestar del elemento mestizo con la pequeña propiedad individual, pues el mestizo se siente indio y atrae al indio y lo eleva y se mezcla con él. Pues bien, yo pude comprobar que los miles de años que separan al indio del asiático, no han bastado para borrar por completo las afinidades raciales, esta vez sí raciales, que el indio tiene con el asiático, muy especialmente con el japonés; y por eso precisamente, juzgo criminal la empresa de separar al indio nuestro del mestizo. Separar al indio del mestizo que ya tiene orientación hacia la cultura europea u occidental, y volver al mestizo otra vez a la condición del indio, confundiendo a los dos en un comunismo de tipo asiático, como lo ha hecho la política agraria inspirada por el funesto Partido Nacional Agrarista, es poner a

ambos en la posibilidad de ser atraídos por el japonés. ¿Se ha pensado alguna vez en la gravedad de ese hecho?

Los mestizos que son los más, aunque todavía en segundo término por la persistencia del latifundio o gran propiedad que asegura la preponderancia de los criollos, son en los campos los rancheros de la pequeña propiedad, y en las ciudades son los obreros de las empresas fabriles, y unos y otros están bien orientados hacia la cultura o civilización europea u occidental. Por eso y por reconocer que deben a los Estados Unidos su progresivo ascenso, pues los Estados Unidos los han ayudado en todas sus revoluciones libertarias, y les dan abrigo, trabajo y pan, cuando no pueden tenerlos en su propio país, son sinceramente amigos de esa nación poderosa y benévola, que en los presentes momentos representa dicha civilización o cultura, en toda la plenitud de su esplendor.

LA UNIÓN DE LOS INTERESES CONTINENTALES LA DOCTRINA MONROE DE ORIENTE

Pero si es un verdadero absurdo la unión racial de todas las supuestas naciones latinas del Continente de América, y hasta la de las naciones de habla española que se encuentran en él, en cambio hay entre todas las naciones del mismo continente la unidad de los intereses comunes continentales.

En todas y cada una de las naciones libres de América, el interés dominante es el de la independencia. Esta verdad, que parece una verdad de Pero Grullo, no es más que la forma enfática de expresar esta idea: "no queremos que los pueblos europeos (hasta ahora empiezan a tomarse en consideración los asiáticos) intervengan en nuestros asuntos".

La idea a que acabo de referirme, por la espontánea razón de la desigualdad de fuerzas entre las naciones americanas, ha tenido que tener dos caras, dos caras, como las monedas. Una presenta lo que podría llamarse la versión americana, expresada así: NOSOTROS, QUE TENEMOS LA FUERZA, NO CONSENTIREMOS EN QUE LOS PUEBLOS EUROPEOS INTERVENGAN EN LOS ASUNTOS DE LAS NACIONES AMERICANAS. La otra presenta lo que podría llamarse la versión de las demás naciones de América, expresada así: LOS ESTADOS UNIDOS, QUE SON FUERTES, NO DEBEN CONSENTIR EN QUE INTERVENGAN EN NUESTROS ASUNTOS LOS PUEBLOS EUROPEOS. ¿Qué cosa dicen ambas versiones, que no se encuentre en los textos oficiales de expresión de la Doctrina Monroe? Examinense con cuidado todos los documentos internacionales en

que los Estados Unidos han hecho o en que las demás naciones han pedido la aplicación de la expresada Doctrina, y se verá con cuánta exactitud han sido reducidas a términos concretos las ideas de los unos y de las otras, en las dos versiones que acabo de asentar. Esas dos versiones de la misma idea, que es la idea de la no INTERVENCION (o de la no agresión que sería la propia) de las naciones europeas, o sea la idea misma de la independencia de todas las naciones americanas, traducen la Doctrina Monroe. En otros términos, la Doctrina Monroe es la fórmula concreta, precisa y práctica de la independencia de todas las naciones americanas, y expresa que, tratándose de la independencia de todas y de cada una de ellas, todas están ligadas por un interés común.

Los hechos positivos, en el curso de cien años, han demostrado de un modo concluyente que si las naciones que se consideran como latinas en América no hubieran tenido la defensa común de la Doctrina Monroe, y hubieran tenido que atenerse sólo a los lazos raciales para no ser atacadas por las naciones de allende, o para ser defendidas por las naciones hermanas de aquende, a estas horas el Continente de América habría visto sus macizos de ambos hemisferios roídos en todos sus litorales por las invasiones europeas.

México, que sufrió el intento de reconquista de Barradas (en nombre de la Madre España, nada menos), y la invasión francesa de la Intervención (en nombre de los intereses latinos, así como suena), puede mejor que las otras naciones de América dar testimonio de lo que son los supuestos lazos raciales latinos como lazos de unión; los ataques europeos a Argentina y a Venezuela pueden dar testimonio también, de lo que pueden ser los lazos raciales de unión entre las supuestas naciones latinas como medio de defensa. Ciertamente es que muchas naciones americanas no han tenido que invocar, en contra de tales actos, la aplicación de la Doctrina Monroe, pero todas han sentido su fuerza. A la sombra de ella han podido trabajar con quietud y dormir con tranquilidad, cosa que no han podido conseguir los pueblos africanos ni los asiáticos, y si de tales quietud y tranquilidad no todas han podido gozar como hubiera sido de desearse, ello ha dependido de los trastornos de adentro, pero no de los peligros de afuera.

ACRECE EL SUPREMO INTERES DE LA DEFENSA CONTINENTAL EN ORIENTE

Todo induce a creer que el peligro de las agresiones europeas o de las intervenciones europeas, como las llama eufóricamente la Diplomacia, lejos de haber quedado extinguido por la Doctrina Monroe de Oriente, está en vía

de vivo recrudescimiento. Después de la reciente guerra mundial, el hambre, con su incontenible fuerza de impulsión empuja con más fuerza cada día, hacia América, grandes oleadas de hombres; y como los Estados Unidos levantan contra ellas los diques formidables de sus leyes prohibitivas de inmigración, esas mismas oleadas se desviarán de por fuerza hacia las llamadas naciones latinas. México, contra el texto expreso de su Constitución fundamental, está imitando a los Estados Unidos; pero ¿deberá y podrá continuar haciéndolo? ¿Las demás naciones de América deberán y podrán hacer otro tanto?

Es perfectamente claro que las oleadas de hombres que vienen de la Europa a la América, al ser rechazadas en todas partes, no tardarán en ser apoyadas por las armas europeas. Los europeos no podrán llegar jamás a un país, sin apoyo militar que les permita imponer sus órdenes a los nativos, al revés de los asiáticos, que penetran humildemente a todos los países, colocándose debajo de la más miserable escala social, de lo que resulta que cuando son muy numerosos, los primeros traen el peligro de una invasión de conquista, y los segundos el peligro de un desquiciamiento social. Siendo así, al encontrar las oleadas europeas en América los diques de las leyes migratorias prohibitivas, tratarán de romperlos a cañonazos.

En tanto que el Pacífico haga honor a su nombre y permanezca quieto, los cañonazos europeos serán disparados desde las costas de Europa y no llegarán a las de América; porque las ondas hertzianas de la Doctrina Monroe de Oriente paralizarán en las primeras los acorazados europeos y mantendrán el Atlántico tranquilo; pero si los asiáticos alborotan el Pacífico en términos de impedir que las fuerzas de los Estados Unidos basten para dominar los dos océanos, entonces, lo primero que tendrá que suceder será que los acorazados europeos crucen el Atlántico y traigan a las llamadas naciones latinas las proclamas de reincorporación de la raza común, y los cañones adiestrados en la campaña del Rif. Para ese evento, ¿están seguras todas las naciones que se llaman latinas, de poderse solas salvar? ¿No comprenden que si por anticipado se ligan con el pretexto de la unidad de raza, a naciones de otro continente, rompen dentro de sí mismas el principio de su soberanía, y subordinan su acción a un centro de poder, y su espíritu a un centro de irradiación mental, que no están dentro de su propio organismo? ¿No comprenden que si sólo un grupo limitado de su población se liga por una orientación racial a un país europeo, aquel grupo favorecerá la invasión de ese país en el propio?

Tratándose de tan graves cuestiones, es necesario no aturdirse con la hueca sonoridad de las palabras. Hay que atender a los hechos, y los hechos exigen, con su crudo lenguaje de siempre, que se mantenga en el Oriente la Doctrina Monroe actual, y que se formule otra paralela para el Occidente.

**MEXICO HA FORMULADO YA EN EL PENSAMIENTO Y DEBE
FORMULAR EN SU POLITICA INTERNACIONAL,
LA DOCTRINA MONROE DE OCCIDENTE**

Las suspicacias sugeridas por los elementos de orientación europea que en los países llamados latinos laboran bajo la bandera de la raza, han acusado a la Doctrina Monroe de ser la fórmula del imperialismo militante de los Estados Unidos: no hay tal, los Estados Unidos son una nación pacífica; pero para quitar ese pretexto de repulsión a la nueva doctrina, debe ser una de las supuestas naciones latinas la que la formule. México es la nación indicada, entre otras cosas, porque es la más autorizada para romper el encanto de la unidad de raza con que empiezan a embriagarse las naciones americanas de habla española, no obstante el ejemplo palpitante de Brasil, que ha mostrado siempre al respecto un criterio superior.

Así pues, antes de que España se vea en el caso de tirar de todas las supuestas naciones latinas hacia el Sur, para dar ocasión a que funcione la colosal tenaza anglo-nipona, México debe hacer tal formulación, para tirar de todas ellas hacia el Norte, con el apresuramiento de la angustia que le causa ya, en interés de todas, la clara visión del peligro cierto, y la necesidad indeclinable del estuerzo supremo de la salvación.

Pero México no podrá cumplir el deber de formular la doctrina Monroe de Occidente hasta que su gobierno recobre la dirección plenamente mestiza, lo cual se conocerá porque aborde de verdad, por los medios económicos del impuesto a la extensión y de la expropiación normal, pero sin vacilaciones y sin distinguos, el problema de la disolución plena y definitiva de los latifundios, a fin de convertirlos en una copiosa pequeña propiedad que multiplique el elemento racial que constituye la nacionalidad mexicana, y eleve el número de las unidades que puedan prestar su contingente para el aseguramiento de la integridad continental.

México, realizando DE VERDAD, con el fraccionamiento de los latifundios, su reforma agraria, para colocar, desarrollar y multiplicar los elementos de su población propia en términos de que esa misma población pueda crecer y fortalecerse para disolver y asimilar los elementos extraños que comulguen con ella en la misma orientación hacia la cultura o civilización europea u occidental, debe dar el ejemplo a las demás naciones latinas que guarden aún, por razón de los mismos antecedentes coloniales, igual construcción social y econó-

mica. La tierra comienza a ser estrecha en todas partes para el número de hombres que de ella tienen que vivir; están produciéndose ya migraciones incontenibles empujadas por el hambre, y es un crimen fuera de toda comparación, que merecerá castigos inusitados, el de detentar grandes extensiones que exceden en millares de veces a la que un hombre puede cultivar y de la que una familia puede vivir, tan sólo para especular con el alza del valor que esas mismas extensiones alcancen por el esfuerzo sumado de los otros.

Es preciso, absolutamente preciso, desarrollar la población del continente en condiciones de que toda ella, sin distinción alguna de razas, y sólo por el interés común continental, resista el desesperado empuje de las oleadas humanas que por ambos océanos lleguen a sus litorales, y evite la guerra, la guerra tremenda, la formidable tempestad apocalíptica que anuncian ya las nubes que se juntan y amontonan en el azul horizonte del Pacífico.

EL TEXTO DE LA DOCTRINA MONROE DE OCCIDENTE

La doctrina Monroe de Occidente, que México deberá formular, deberá decir, poco más o menos lo que sigue:

TODAS LAS NACIONES LIBRES DE AMERICA
CONSIDERARAN COMO CASO DE GUERRA CO-
MUN EL ATAQUE QUE SUFRA CUALESQUIE-
RA DE ELLAS, POR PARTE DE UNA O MAS
NACIONES ASIATICAS

LA PALABRA FINAL

Si México llega a proclamar oficialmente la Doctrina Monroe de Occidente, con la fórmula que yo indico o con otra semejante, habrá ejecutado un acto de tal manera superior, que llenará todo el siglo presente. Será indudablemente lo más extraordinario y trascendental que pueda hacerse en los momentos actuales, en favor de la paz general, de esa paz que en estos mismos momentos constituye la suprema aspiración de todas las naciones del mundo.

México, octubre de 1925.

ANDRES MOLINA ENRIQUEZ

